

Tres días después de la fecha de esta carta dice Macaulay á su amigo Mr. Sharp: «Ya ve usted que mi espíritu no corre gran peligro de enmohecerse. El peligro es que me haga un simple pedante. Siento una comezón creciente de hacer citas; pero resisto á ese demonio (porque tal es), y huye de mí. Es un verdadero triunfo desterrar de mis cartas el griego y el latín. Aun ahora tengo en las puntas de los dedos sabias sentencias de Eurípides... Para un hombre de una gran memoria es una cosa peligrosa leer mucho. En apoyo de este aserto podría hacerle á usted aquí tres ó cuatro citas; pero yo tendré á raya, si puedo, la viciosa inclinación.

Calcuta, 29 de Mayo de 1835.

Querido Ellis: Estoy muy falto de noticias. Sabemos que los tories disolvieron el Parlamento á fines de Diciembre, y sabemos también que fueron derrotados hacia fines de Febrero (1). De lo que pasó en el interin estamos completamente á obscuras. No le molestaré con comentarios sobre sucesos que habrán cedido el puesto á otros en su espíritu antes de que ésta llegue á sus manos, ni con profecías que los hechos pueden desmentir antes de recibirlas usted. Del resultado final estoy seguro. El lenguaje del primer gran reformador es el que yo emplearía en respuesta al re-

(1) En Noviembre de 1834 el rey llamó al poder á Sir Roberto Peel, después de haber obligado á presentar la dimisión al ministerio whig. El Parlamento fué disuelto, pero los tories no lograron obtener mayoría. Después de tres meses de una lucha continua y enconada, Peel bajó del poder en Abril de 1835.

gocijo de los tories de aquí, si hubiese alguno que pudiera entenderle:

«Reverencia, adora y adula al monarca del momento. Para mí Júpiter es menos que nada. Conserve él su mando y su cetro durante esta breve temporada, porque no será durante mucho tiempo el jefe de los dioses.» No hay que decir que el pobre Guillermo IV era el Jove del Prometeo whig.

En cuanto á mí, celebro estar á distancia de la tormenta presente. «*Suave mari magno*», ó, como dice su primer ministro de ustedes, si es aún primer ministro: «es una fuente de triste satisfacción». Claro es que puedo sentir aquí las consecuencias de los cambios, pero más por razones públicas que por razones privadas. No es fácil que un gobernador general tory acepte las importantes reformas legislativas que he de someter al Consejo. Pero no es de presumir que me trate mal personalmente; y si lo hace, «será á su costa, mientras este arco dispare certero», como dice Filoctetes. Dentro de algunos meses tendré lo bastante para vivir ahí modestamente con completa independenciam; y todas las malas pasadas que quiera jugarme en Calcuta un gobernador general, me las pagará con creces en Westminster.

Reparto el tiempo entre los negocios públicos y los libros. Tengo el menor trato posible. No me he re- puesto aún—á veces creo que no me repondré nunca enteramente—del golpe que recibí hace cinco meses. Nada calma tanto mi espíritu como la contemplación de esos portentos de arte que nos ha legado Atenas. Estoy volviéndome fanático por la literatura clásica. Acabo de terminar una segunda lectura de Sófocles. Ahora estoy engolfado en Platón, y pienso recorrer todas sus obras. Su genio excede á toda ponderación.

Aún allí donde es más absurdo, como, por ejemplo, en el *Cratilo*, revela una penetración y una amplitud de inteligencia que es por sí sola un fenómeno. El carácter de Sócrates no me subyuga. Cuanto más leo acerca de él, menos me sorprende de que le envenenasen. Si me hubiese tratado á mí como dicen que trató á Protágoras, á Hippias y á Gorgias, no le hubiese perdonado nunca.

Nada me ha sorprendido tanto en los diálogos de Platón como la ironía burlona. En el colegio no la entendí ó no la aprecié. No puedo decirle lo que ahora me regocija. Frecuentemente me quedo de bruces sobre mi viejo Marsilio Ficino, acometido de un acceso de hilaridad. Me atrevería á decir que jamás hubo vena burlesca tan rica y al mismo tiempo tan delicada. Es superior á la de Voltaire, y aun á la de Pascal. Algún que otro pasaje hay en Cervantes y en Fielding que pueden dar una idea de ella á un lector moderno.

He acabado casi de leer á Livio. Hasta aquí nunca le había leído por entero. Le admiro mucho, y daría un trimestre de sueldo por recobrar las *Décadas* perdidas. Cuando estaba leyendo los primeros libros, volví á hojear á Niebuhr. Y siento decir que, habiendo sido siempre un poco escéptico acerca de sus méritos, ahora me afirmo en mi incredulidad. No quiero decir, por supuesto, que no tenga mérito ninguno. Era un hombre de inmenso saber y de una gran sinceridad, pero carecía por completo del don de discernir una verdad demostrada de una hipótesis plausible. El no se satisface con insinuar que puede haber sucedido una cosa, sino que está seguro de que ha sucedido, y exige que el lector lo esté también (aunque no haya rastros de ningún testimonio que lo acredite), no más sino por lo bonitamente que así se explicarían los fe-

nómenos. Vuelva usted á leer, si la ha olvidado, la restauración hipotética de la Inscripción de la página 126 del segundo tomo, y dígame por su honor, á fuer de humanista y de hombre de criterio, si en la edición de Milton hecha por Bentley hay nada que se acerque á la audacia de esa corrección. Niebuhr le exhorta á usted á creer que algunos de los más grandes hombres de Roma fueron quemados vivos en el Circo; que ese hecho fué conmemorado en un monumento por una inscripción, de la cual existe una mitad todavía; pero que ningún historiador romano supo nada de eso, y que se perdió toda tradición sobre el caso, á pesar de haber llegado hasta nosotros la memoria de sucesos anteriores mucho menos importantes. Cuando le pide usted una razón, le contesta á usted sencillamente que esas cosas no pueden demostrarse con razones; que está seguro de lo que dice, y que debe bastarle á usted su palabra. Esa especie de despotismo intelectual me subleva siempre, y me predispone á demoler la reputación del dogmatizador. La cultura de Niebuhrera inconmensurablemente superior á la mía; pero yo me creo tan buen juez de los testimonios como él. Podría creerle fácilmente si me dijera que había pruebas que yo no había visto nunca; pero cuando él presenta todas sus pruebas, me tengo por perfectamente competente para fallar sobre su valor.

Volviendo las hojas hace un instante, tropecé con otro ejemplo, de lo que no puedo menos de llamar ridícula presunción. Dice que Marcial cometió un desliz haciendo breve la penúltima sílaba de Porsena. ¡Es extraño que un hombre tan docto no supiese que Horacio había hecho lo propio!

*Minacis aut Etrusca Porsenae manus.*

A mí me subleva hasta lo sumo oír decir á un profesor alemán, por su propia autoridad, y sin dar la menor razón, que dos de los mejores poetas latinos ignoraban la cantidad de una palabra que debieron usar cien veces en sus ejercicios escolares.

En cuanto á la aptitud de Niebuhr para las especulaciones políticas, puede juzgarse por el prefacio del segundo tomo. Dice allí, refiriéndose á la revolución francesa de Julio de 1830, que «si Dios no nos envía una ayuda milagrosa, debemos prepararnos á ver un período de destrucción semejante al que sufrió el mundo romano hacia mediados del siglo III». Ahora, cuando yo veo á un hombre estampar tal despropósito acerca de sucesos que están pasando á nuestra vista, ¿qué confianza puede merecerme su juicio sobre la conexión de causas y efectos en épocas muy imperfectamente conocidas de nosotros?

Pero tengo que poner punto á esta carta ó artículo. Mis recuerdos afectuosos á su mujer. Diga usted á Paco que pienso ser mejor helenista que él cuando vuelva, y que tiene que trabajar de firme si quiere alcanzarme.

Siempre, querido Ellis, suyo afectísimo amigo,

T. B. MACAULAY.

Calcuta, 25 de Agosto de 1835.

Querido Ellis: Camerón llegó aquí hará dos semanas, y andamos muy afanados preparando un Código

penal completo para la India. El y yo nos entendemos perfectamente. Ryan, el mejor de los jueces, nos presta todo el auxilio posible. Espero y confío que hemos de meter todo el derecho penal y todo el derecho de procedimiento criminal en un volumen de tamaño mediano. Empiezo á interesarme vivamente en esta obra. Es, sin duda, uno de los mejores empleos de la inteligencia que cabe concebir. Debo decirle á usted, sin embargo, que cuantos más progresos hago como legislador, tanto más profundo es mi desdén por el simple estudio técnico del derecho.

Estoy engolfado en el examen de las teorías políticas de los antiguos filósofos. He leído la *República* y las *Leyes* de Platón, y ahora estoy leyendo la *Política* de Aristóteles, después de la cual volveré á los dos tratados de Platón. En tardes desocupadas leo siempre una de las *Vidas* de Plutarco; y de este modo he recorrido una docena de ellas. Me gusta prodigiosamente. Es inexacto, á todas luces, y novelesco; pero cuenta de un modo delicioso, y sus ilustraciones y pinturas de caracteres no desmerecen de lo mejor que ha producido la antigua elocuencia. Nunca le había apreciado bien hasta ahora.

En punto á latín, ahora concluyo con Lucano, que viene á quedar, en mi opinión, poco más ó menos donde estaba; y ando á vueltas con Cicerón, cuya personalidad moral é intelectual me interesa superlativamente. Me parece haberle comprendido de todo en todo. Pero es asunto demasiado vasto para una carta. He repasado todos los poemas de Ovidio. Le admiro, pero estaba fatigado enormemente antes de llegar al fin. Una noche me entretuve en hojear las *Metamorfosis* para ver si encontraba un pasaje de diez líneas que pudiese haber sido escrito por Virgilio. No diré si

tuve ó no mala suerte; pero anduve de caza durante media hora sin el menor éxito. Por fin, acerté á dar con un corto pasaje más virgiliano, á mi ver, que el mismo Virgilio. Dígame usted que le parece de mi crítica. Forma parte del discurso de Apolo al laurel.

*Semper habebunt.*

*Te coma, te citharae, te nostrae, laure pharetrae.*

*Tu ducibus Latiis aderis, cum laeta triumphum*

*Vox canet, et longas visent Capitolia pompas.*

*Portibus Augustis eadem fidissima custos.*

*Ante fores stabis, mediamque tuebere quercum.*

En cuanto á los otros escritores latinos, Salustio ha bajado deplorablemente en mi opinión. César ha subido portentosamente. Le considero con pleno derecho al elogio de Cicerón (1). Ha conquistado el mérito de historiador excelente, cuando él sólo pensaba suministrar datos para la historia. Pero ¿qué son todos ellos al lado del gran ateniense? Aseguro á usted que no hay en el mundo composición en prosa, ni aun el *De Coroná*, que yo coloque tan alta como el séptimo libro de Tucídides. Es el *ne plus ultra* del arte humano. El otro día tuve el gusto de ver en las cartas de

(1) En el diálogo *De Claris Oratoribus* Cicerón dice por boca de Atico que un juez consumado del estilo (lo cual quiere decir evidentemente el mismo Cicerón) declara el latín de César el más elegante que se ha oído jamás en el Senado ó en el Foro (con una excepción, que se sobreentiende). Atico refiere después circunstanciadamente un elogio que había tributado César á la elocuencia de Cicerón; y Bruto declara con entusiasmo que tal elogio, viniendo de tal parte, vale más que un triunfo, tal y como los triunfos se celebraban entonces, y sólo cede en precio á los honores otorgados á los estadistas que habían anulado á Catilina. Todo el pasaje es un modelo de glorificación de sí mismo de una habilidad consumada.

Gray esta pregunta dirigida á Wharton: «La retirada de Siracusa, ¿es ó no la cosa más hermosa que ha leído usted en toda su vida?»

¿Ha leído usted alguna vez por entero á Ateneo? Yo nunca, pero estoy meditando un ataque. La multitud de citas es muy tentadora, y yo jamás le he abierto un minuto sin ver recompensado mi trabajo.

Suyo afectísimo,

T. B. MACAULAY.

Calcuta, 30 de Diciembre de 1835.

Querido Ellis: No adivino cuál pueda ser el término del *bill* sobre la reforma municipal. Nuestras últimas noticias de Inglaterra son del 15 de Agosto. Los lores (1) se afanaban entonces por hacer al país el único gran servicio que, á mi juicio, puede esperarse de ellos; es decir, apresurar el día del ajuste de cuentas. Pero no quiero llenar mi carta de política inglesa.

Disfruto de excelente salud. Lo mismo mi hermana y mi cuñado, y su chiquitina, á quien siempre estoy mimando, y á quien voy aficionándome más de lo que un hombre cuerdo, con la mitad de mi experiencia, se arriesgaría á aficionarse á nada, salvo á sí mismo. Hasta hace poco no he empezado á cobrar ánimos. El terrible golpe que cayó sobre mí á principios de este año ha dejado tras sí señales que llevaré á la sepul-

(1) A mediados de Agosto el *bill* sobre los diezmos irlandeses pasó á la Cámara de los Lores, donde estaba destinado á sufrir una mutilación, que fué fatal para su existencia.